

Mesa de debate “Prensa y Gobierno”

PANELISTAS: **Joaquín Morales Solá**, columnista del diario *La Nación* y conductor de *Desde el llano (TN)*, y **Pepe Elíaschev**, columnista de diario *Perfil* y conductor de *Esto que Pasa* (radio *Colonia*).

MODERADORA: **María O'Donnell**, columnista de radio *Continental*.

Joaquín Morales Solá

Voy a hablar de la relación, como la que se convoca en esta mesa, entre la prensa y el Gobierno, que es una relación conflictiva, y permanentemente conflictiva. Creo que se ha complicado un poquito más en los últimos tiempos, producto de que en el país estamos asistiendo a la destrucción del sistema de partidos políticos. Por lo que generalmente los intermediarios entre la sociedad y el poder seamos un poco la “carne de cañón” en esta relación tan complicada entre el Gobierno y la sociedad por la necesidad en la que se ve el Gobierno actual de entablar un diálogo permanente y directo con la gente. Vínculo que va a ser complicado y conflictivo, porque hay intereses contradictorios en unos y otros protagonistas.

Así como el Gobierno ha necesitado permanentemente de los medios de prensa y de los periodistas para llegar a la sociedad –y hoy necesita más que nunca–, así también la prensa pierde su sentido cuando deja de ser una prensa crítica con respecto al poder. La razón de ser de la prensa es una razón crítica con respecto al poder. Es, por esencia, no el cuarto poder, sino el contrapoder.

Ustedes saben que hay dos corrientes de columnistas políticos: unos son los que tienen contacto con el Gobierno, que recogen información para analizar después; y otros los que miran la realidad, la observan y la analizan desde esa distancia. Las dos disciplinas son buenas, las dos me gustan, las dos son perfectamente legítimas. En mi caso personal, que soy hijo y nieto de periodistas, y a los 18 años me mandaron a la calle a hacer crónicas, realmente me cuesta analizar la realidad sin hablar con los protagonistas. Y acá viene un conflicto, porque los que tienen la información son efectivamente los funcionarios, ¿quién más que ellos? Esta es la necesidad del periodista de acercarse a los funcionarios. Y, por otro lado, los funcionarios y cualquier Gobierno en general plantean con los periodistas una relación necesariamente interesada. ¿Cómo resolvemos estas contradicciones?

En primer lugar, quiero hablar de un tema que a mí me agrede, fundamentalmente cuando se habla de operaciones de prensa. No porque no existan, desgraciadamente existen. Creo que es una perversión de nuestra profesión. El término “operación de prensa” significa usar a la prensa con información falsa para beneficiar o perjudicar a

alguien. Y desgraciadamente en mi vida profesional lo he visto con demasiada frecuencia.

Realmente hay operaciones de prensa muy bien montadas, en las que uno puede caer, hasta los más expertos. Hay métodos muy sencillos y antiguos. A veces, cuando miro los diarios, creo que tenemos que volver a las fuentes. Tenemos que volver al chequeo de la información. Toda información política termina perjudicando o beneficiando a alguien. Y no podemos publicar alegremente esto sin chequear. Y a veces necesitamos dos o tres fuentes que nos confirmen una misma información, sobre todo cuando viene de un sector que perjudica a otro, y ya sabemos, debemos tener la sensibilidad suficiente como para saber quién nos está dando esa información, a lo mejor es cierto, pero tenemos que volver al chequeo.

Veo con preocupación que algunos periodistas de las nuevas generaciones han perdido el hábito del chequeo, que es tan viejo como nuestra profesión, pero tan actual y necesario.

Otra cosa de la que quiero hablar como un paréntesis es el respeto al *off the record*, que para mí debe ser una cuestión sagrada. Ustedes saben que, por una casualidad de la vida, a mí me tocó anunciar la primera información sobre los famosos sobornos del Senado. En ese caso, porque se trataba de una cuestión institucional que sabía que podía tener una afectación al gobierno democrático, por la gravedad de esa afectación, con lo que termina siendo después la renuncia del vicepresidente y todo lo demás, me llevó seis fuentes de chequeo. Ahora, al único que citan los fiscales y los jueces es a mí para dar testimonio. Nunca he revelado ninguna de las fuentes. Uno de los grandes y pocos beneficios de la reforma de 1994 es que nuestras fuentes de información están protegidas por la Constitución. Pero el respeto al *off the record* es un deber sagrado que se respeta en todos los lugares del mundo y que tenemos que respetarlo nosotros también porque a veces es la única vía de llegar a la información.

Creo que la ética necesita de cierta estética. Para eso tenemos que adoptar algunas decisiones. Por ejemplo: yo a los funcionarios los veo en sus despachos oficiales. Esto de salir a almorzar con ellos, de ir a sus casas, me parece un “compadreo”. Nosotros no somos amigos de los funcionarios, por más que los veamos asiduamente. No sabemos si en algún momento a ese funcionario vamos a tener que criticarlo, por lo tanto necesitamos tener el margen hasta emocional de criticarlos sin tener que criticar a un amigo, al que no vamos a terminar criticando nunca. Entonces, como no somos amigos, tenemos que verlos en su despacho oficial y no en cualquier lugar.

Hay un problema con el avión presidencial. Felizmente les habla alguien que no ha conocido ningún avión presidencial. Pero yo me puedo dar el lujo de no conocer ninguno porque hay compañeros, colegas, que están acreditados en la Casa de Gobierno y cuando viaja el Presidente deben subir al avión presidencial. Al contrario, ellos tienen el deber de subir. En mi caso hubiera sido un error, porque yo no tengo obligación. Pero tenemos que resolver el tema. Porque es cierto que los periodistas que no suben al avión presidencial quedan fuera del circuito de la gira internacional del Presidente. La presidenta electa posiblemente viaje mucho y vamos a volver a tener este problema.

Sinceramente creo que desde este foro, y utilizando todos los mecanismos necesarios, hay que pedirles a las empresas que le impongan al Gobierno la necesidad de pagar los pasajes de los periodistas que suben al avión presidencial. No puede ser un favor que el Gobierno hace, trasladando gratis a los periodistas, porque eso termina en lo que dijo el presidente Kirchner en alguna ocasión: "Como el avión es mío y yo pago el viaje, este señor entra y ese señor no entra". Me parece que pedirles a las empresas que les paguen a los periodistas un vuelo en un avión comercial los saca del circuito presidencial, salvo que todos vayan así. Pero como eso no va a suceder, si van adentro del avión presidencial, con la comitiva, que paguen lo que les corresponde en materia de pasajes, de viáticos, de hotel y todo lo demás.

Y creo que hay que pedirle al Congreso y al Gobierno definir este tema de los dineros, una ley que reglamente la publicidad oficial. María va a hablar con mucha más propiedad que yo porque hizo un libro sobre el tema, pero creo que se necesita. La Corte dijo: "No podemos decir si está bien o está mal porque no hay nada que lo regule". Entonces tenemos que ir a algo que lo regule.

Hay un aspecto que tiene que ver con los periodistas que hacemos teledifusión: es la publicidad. Yo realmente creo que los periodistas que hacemos televisión tenemos todo el derecho porque es un medio muy cautivante para llegar masivamente a la opinión pública, pero creo que no debemos hablar con nadie del tema de publicidad, con nadie. Menos aún con los gobiernos. Y se los dice alguien que le pidió formalmente al presidente Kirchner que retire toda la publicidad oficial de su programa, cuando se destapó esa polémica de si los amigos o enemigos. Creo que ningún periodista debe hablar ni con empresas ni con el Gobierno, para eso hay señores productores comerciales que se han especializado; son caminos paralelos que no se deben tocar nunca.

Para poder enfrentar esa relación necesariamente complicada con el Gobierno, tenemos que preservar la autoridad moral. Y cuando digo "preservar la autoridad moral", digo "no debemos caer en los pecados capitales del periodismo": la corrupción, la soberbia, el protagonismo y la manipulación consciente de la información.

Pepe Eliashev

Pertenezco hace dos años largos a Fopea y me siento particularmente reconocido porque se me haya convocado para aportar hoy algo sobre el tema Prensa y Gobierno. Mi ponencia, en consecuencia, va a trabajar sobre esos dos ejes principales, postulación que desde el comienzo indica que se trata de realidades que –en teoría– serían autónomas y deben tener un determinado marco singular autónomo, pero que no siempre lo tienen, incluso en democracia.

Pero hablamos de un estado de derecho, una democracia con todas sus falencias, una democracia al fin. Entonces, Prensa y Gobierno, concebidos en el marco de una democracia republicana, tienen que ser mundos vinculados, pero perfectamente autónomos y con un perfil claramente definido.

Hablemos ahora un poco mal de nosotros, sobre todo tras haber sido tan vilipendiados en los últimos años.

No recuerdo en casi 44 años de ejercicio de la profesión (y vivo en el país prácticamente desde que se restauró la democracia y he participado, como cualquiera, de los avatares de mi país, he sufrido y he gozado con mi país) un momento similar en democracia, que la prensa haya recibido antes un sermoneo tan sistemático, un castigo casi rutinario, que nos convierte a menudo en el símil de personas golpeadas sistemáticamente. No importa qué hagamos, qué editorial, columna radial o televisiva hagamos, de todos modos, recibiremos castigo.

Cuando digo que quiero “hablar mal” de nosotros, obviamente no me estoy excluyendo. ¿Qué estamos haciendo mal los periodistas? ¿Qué es lo criticable de lo que hacemos?

Es cierto, padecemos de una excesiva *autoimportancia*. Tendemos a pensar, sin darnos cuenta, que somos más importantes de lo que somos.

Por eso, no nos debería extrañar que desde el poder se nos diga que nosotros “construimos el relato”, imponemos la agenda, famosa frase que ahora se enseña mucho en las escuelas de Comunicación, que somos casi supermujeres y superhombres, que desde nuestras computadoras o desde el micrófono de una radio podemos determinar el destino de la nación. No es así.

Esta excesiva importancia que se le confiere a nuestra profesión es algo negativo. Sería más sencillo que no se alimentara tanto nuestra arrogancia. El periodismo cultiva el narcisismo que todos llevamos adentro y eso lo tenemos que tener muy presente como una realidad a combatir.

En segundo lugar, es cierto que hay mucha ignorancia y superficialidad en nosotros. Esto me irrita. El “generalismo” que priva en la profesión permite, de alguna manera, que podamos hablar igualmente de retenciones agropecuarias, derechos humanos, residuos nucleares y accidentes de trabajo, con la misma frescura con que hablamos con amigos o familiares. La ignorancia y la superficialidad son un rasgo que nos caracteriza, en mayor o menor medida, y deben ser combatidas.

Las empresas tienen en eso una responsabilidad enorme, porque es muy poco lo que hacen en materia de actualización de conocimientos y fortalecimiento en la formación profesional de los periodistas.

Al presentar el libro de Fopea, Adriana Amado Suárez mencionó la cuestión de los auspicios publicitarios en los programas de cable. No puedo menos que sentir escozor por esa mención.

Somos muchos los periodistas que conducimos programas de TV por cable, y toda referencia demasiado ligera al sistema de producción vigente, aun cuando la formule una colega querida y talentosa, corre el riesgo de ser un poco injusta.

Hay auspicios publicitarios en programas de radio y en programas de cable; sin ellos, esos ciclos no podrían existir profesionalmente. La iniciativa privada los hace posible. Nadie más. No hay radios, ni canales que se animarían a contratar a periodistas hostilizados por éste o cualquier otro Gobierno. En consecuencia, el sistema de auspicios

o *sponsors* no necesariamente nos convierte en pecadores. Al contrario, se convierte en condición de posibilidad para poder ejercer la profesión, sobre todo cuando radios y canales de TV han ido retirándose del compromiso de hacerse cargo de la responsabilidad de producir y generar sus propios contenidos, contratando como corresponde a quienes debemos asegurarlos.

Es cierto que tenemos que ser muy vigilantes y rigurosos con nuestra propia metodología de trabajo, en cuanto a definir claramente la frontera que marca el límite entre el libre ejercicio de la profesión y el sustento económico que ella nos permite.

En la prensa impresa, a menudo advertimos que hay páginas pagadas. Sigo viendo en los diarios con qué facilidad se olvidan de advertir en la volanta respectiva de esa página que se trata de un espacio de publicidad. Lo reemplazan por un eufemístico "suplemento especial", claro, ¡pagado! Ese pecado no solamente se percibe en gráfica, sino también en TV, cable y radio, y atraviesa gran parte de la actividad periodística.

¿Qué pasa con el actual Gobierno? En 24 años de democracia, e ingresando ya al cuarto de siglo de esta etapa, no he visto hasta ahora una construcción política desde el poder tan reacia al periodismo como ésta.

Una clave del pensamiento de los funcionarios es que el Gobierno del presidente Néstor Kirchner y sus principales colaboradores ha resuelto fríamente desde 2003 suprimir el concepto de mediación periodística. No es un problema de censura o persecución, el eje para el Gobierno está en el concepto de mediación periodística.

Me disculparán una muy rápida autorreferencia, pero fue el caso que lo escuché al Presidente mismo en la oficina del Dr. Alberto Fernández, en el comienzo de su gobierno, en una de las dos charlas que tuve con él. En aquella oportunidad, en mangas de camisa, el presidente Kirchner pidió un bolígrafo y un papel, y me dijo: "Yo voy a gobernar así". Tomó un trozo de papel y empezó a trazar rayas desde una cruz en el centro. "Radialmente –me dijo– no voy a contar con el periodismo para comunicarme con la sociedad".

Este es el concepto clave que tenemos que analizar. La supresión del periodismo como instancia de mediación en una sociedad democrática es un fenómeno realmente muy importante y grave.

Y después, ya en el ámbito de lo que ha sido la gestión cotidiana, tenemos solo información unidireccional: el Gobierno informa y desde afuera tomamos apuntes. Hablan desde el famoso atril incendiario. El sistema oficial funciona desde ese atril, en detrimento de la horizontalidad republicana. El emisor queda convertido en una figura casi divina.

La eliminación de las conferencias de prensa es una de las deformaciones más aberrantes. Las conferencias de prensa presidenciales han sido una institución que se mantuvo durante los gobiernos de Alfonsín, Menem, De la Rúa y Duhalde. Su supresión implica la desaparición de un espacio para contrastar lo que el poder quiere "informar" desde su sitial.

La oficina de prensa de la Casa Rosada en la época de nuestro admirado José Ignacio López era un espacio consagrado a respetar el sacrosanto derecho de la libertad de prensa, pero ahora se ha convertido en una dependencia polvorienta. Literalmente,

lo que hacen los colegas de la sala de prensa presidencial es recoger gacetillas y subirse de vez en cuando a algún vuelo oficial.

La supresión de la conferencia de prensa elimina nada menos que la posibilidad indispensable de repregunta. Desde el atril se postula y se dicen cosas que no pueden ser aclaradas o cuestionadas y, así, un jefe de Gabinete nos acusa, alegando que “el periodismo se ha cuidado muy bien de investigar la corrupción de las empresas”. Eso es falso de toda falsedad. Nadie puede repreguntar o contrastar esas afirmaciones unilaterales del Gobierno. ¿Por qué? Porque no hay conferencias de prensa.

Se ha llegado al colmo, en verdad una delicia para el libro *Guinness* de los récords mundiales, de llamar “conferencia de prensa” a la lectura de comunicados. Normalmente, se sienta el Jefe de Gabinete en la sala de situación de la Casa de Gobierno y dice: “Bueno, vamos a hacer tal y cual cosa, vamos a firmar un convenio, vamos a suscribir un tratado. Señores, muchas gracias, buenas tardes, ésa es la puerta”. Cero preguntas, excepto en los momentos de apretujamiento o acercamiento de los movileros, que convierten la tarea de entrevistar en una verdadera epopeya física, con tironeos, patovicas que codean, etcétera.

El poder presidencial está concentrado sin delegación. No solamente desapareció la conferencia de prensa presidencial, los ministros no dan reportajes. No recuerdo un solo reportaje brindado por Alicia Kirchner. No recuerdo un reportaje al ministro de Justicia Alberto Iribarne.

En el sistema establecido por el gobierno del presidente Kirchner no solamente desapareció la conferencia de prensa, sino que se estableció la prohibición de hablar con los medios para los funcionarios menores. Se vieron seriamente castigados y, a menudo (eso sucedió con la gente de *Perfil* todo el tiempo), tienen que ver en secreto a sus fuentes políticas, como si se tratara de un romance clandestino, en bares fuera del circuito político, para no ser vistos.

“Los periodistas no son necesarios”, dijo a comienzos de este año al diario *La Nación* el secretario de Medios, Enrique Albistur. Esto forma parte de esta construcción que mencionaba, eliminar la intermediación periodística. En este tema han trabajado mucho el Presidente y la Presidenta electa, en el permanente cuestionamiento de la razón de ser de nuestra profesión. Nos han dicho: “Ustedes no existen, no son necesarios.”

Hay otra frase, nunca desmentida y que guardo entrecuillada con mucho dolor, dicha por el presidente Kirchner, relativa a los periodistas: “Unos pobres tipos que dan lástima”, alusión a los periodistas circa 2003-2004.

Corresponde recordar que, para atacar al gobierno de Menem, un notorio colega nuestro subrayaba antes de 2003 que hay un sector político “que quiere ir a un mundo sin periodistas”. Ese mundo sin periodistas no va a existir mientras peleemos duramente contra el totalitarismo.

Se hacen, y con razón, duras imputaciones al gobierno de George W. Bush en los Estados Unidos. Quizás sean casi todas ciertas, pero ¡hay conferencias de prensa en los Estados Unidos! Se le pueden hacer preguntas a Bush y a todos los altos funcionarios de su país, incluyendo a prominentes oficiales militares. Acá ya no tenemos esta posibilidad.

Hay para con nosotros una violencia discursiva, un asesinato de carácter. Puestos siempre en el banquillo de los acusados, o somos ignorados o descalificados como niños traviesos, "chicos", como nos llama derogativamente la Presidente. Se puede ser violento insultando a la gente o hablando despectivamente de otros seres humanos. Esos son casos de violencia discursiva.

Con frecuencia, el poder nos dice: "Ustedes no se atreven a cuestionar a sus propios medios". ¿Cómo le puedo pedir a un joven reportero que gana 2.000 pesos por mes, o menos, que "cuestione" a quien dirige *La Nación*, radio *Continental*, *Clarín* o *Telefé*?

¿Desde qué lugar de supuesto socialismo combativo se le puede exigir a la masa de cronistas que no llega a fin de mes con sus sueldos que cuestione a sus editores y jefes? ¿En qué otra parte del mundo pasa eso? ¿Acaso los "periodistas" de *Granma*, en Cuba, pueden cuestionar la línea editorial del diario del Partido Comunista cubano?

Hay otro elemento de violencia discursiva oficial: el Gobierno acusa a los medios porque no investigamos casos de corrupción privada. ¡Por supuesto que investigamos! No es cierto que no investiguemos. Eso es mentir descaradamente. Los medios han investigado la corrupción privada ahora y antes, hace muchos años.

Otro elemento de violencia discursiva y lo que más me entristece como veterano: el Gobierno nos acusa de no "autocriticarnos".

La crítica, para poder ser eficaz, tiene que estar sustentada en la propia coherencia. ¿Desde dónde hablan ellos de autocrítica? ¿Dónde está el monumento a los desaparecidos en Santa Cruz previo a 2003? ¿Dónde el homenaje a las Madres de Plaza de Mayo en Santa Cruz antes de que Kirchner llegara al gobierno?

Quizás los periodistas no nos hemos autocriticado lo suficiente, pero sí ha habido autocrítica, aunque tal vez de manera un poco desorganizada.

Fopea revela la existencia de una masa crítica formidable de veteranos y gente más joven de la profesión periodística que está en la mitad de su carrera, con ganas de mejorar y de autocriticarse. Cuando el Gobierno niega nuestras insatisfacciones y disconformidades, miente descaradamente. Claro que hay autocrítica. Tal vez no la haya en el resto de la sociedad y mucho menos en la clase política.

María O'Donnell

Mientras escuchaba a Pepe –y comparto muchas de las cosas que dijo–, pensaba que hay una dualidad que a veces se pierde de vista en esta discusión. ¿Por qué?

Si uno escucha a Cristina Fernández de Kirchner hablar mal de los grupos de medios, etc., y piensa que es este el Gobierno que prorrogó por decreto todas las licencias de radiodifusión por diez años, incluso aquellas que no cumplían ni siquiera con los requisitos de la ley, porque las tenían empresas concursadas, entonces uno se pregunta dónde está el conflicto de este Gobierno con los dueños de los medios. ¿De qué están hablando?

Es muy paradójico en un punto. La prórroga tenía por objeto favorecer particularmente a dos grupos. Uno de ellos cambió brutalmente su línea editorial, es fácil verlo, porque estaba en problemas económicos muy serios. Entonces, si este

Gobierno va a reivindicar el derecho del Estado a entender que las licencias de radiodifusión son de interés público y que tiene que haber una intervención del Estado, no lo puede hacer al mismo tiempo que prorroga por decreto licencias que no cumplen con la ley.

Y este Gobierno utiliza la publicidad oficial para cooptar al periodismo. Es un Gobierno que arrancó con un presupuesto de 50 millones de pesos y que hoy tiene más de 250 millones que ejecuta con total discrecionalidad. Entonces, si quiere hacer un esfuerzo por favorecer al periodismo, por ejemplo, podríamos estar discutiendo cómo reubicar la publicidad oficial, estableciendo reglas de juego justas, transparentes, claras, etcétera.

Por lo cual me parece que es un discurso un poco esquizofrénico o por lo menos muy contradictorio con la realidad, porque es un Gobierno que insulta mucho al periodismo, se queja mucho pero no ha tomado ninguna de las medidas que podrían estar a su alcance o iniciar por lo menos un debate.

Pasa lo mismo con los llamados Medios Públicos, que son medios gubernamentales, entre otras cosas porque la única ley que se votó en el tiempo de De la Rúa luego se vetó, con lo cual hay un *Canal 7* que pasa siete horas en dos meses de actos de Cristina Fernández de Kirchner, cinco minutos de la oposición y eso no viola ninguna ley. No importa si al canal estatal lo ven o no, el problema es que está financiado con fondos públicos y su función no es de propaganda.

No es verdad que en el Gobierno odian tanto al periodismo ni que estén peleados con todos los periodistas ni con todos los grupos de medios. Se llevan mucho mejor con los medios que pueden cooptar. Eso me parece que es bastante evidente.

Y un denominador común en lo que tiene que ver con los medios públicos, publicidad oficial y licencias de radiodifusión es el manejo discrecional, la ausencia de normas claras y la utilización de métodos muy discrecionales para regular esta relación.

Me parece que del lado de los medios uno de los problemas es la falta de transparencia, un poco es este debate que planteaba Pepe con relación a algo que decía Joaquín también de los auspicios. Creo que, más allá de las posiciones individuales y de las situaciones diferentes de cada uno, son mucho más fáciles en un marco de mayor transparencia. O sea que nosotros, desde los medios, también tenemos que promover la transparencia en lo que hace, por ejemplo, a la publicidad que reciben los medios y a la propiedad de los medios.

Es muy raro un país donde no se sabe quiénes son los dueños de ciertos medios. Es raro. En los Estados Unidos hay una página de Internet a la que uno ingresa y ahí están quiénes son los propietarios de los medios. También debemos promover la transparencia desde los propios medios y la nuestra como periodistas respecto de nuestros métodos para recabar información, nuestros métodos para trabajar. Hay que tener la mayor transparencia posible en términos de publicidad; lo que decía Pepe, si voy a tener una publicidad no la puedo esconder de otra cosa, la debo presentar como tal. Esto es obvio.

Es lo que decía Joaquín, si vamos a viajar en el avión presidencial que esté establecido cómo, por qué, bajo qué normas, cómo se reparten esos lugares. Me parece

que muchos de estos problemas se solucionan con mayor transparencia y mayor prolijidad; hay que preservar las formas, como decía Joaquín: voy al despacho, no como, no mezclo, no confundo los lugares. Este Gobierno aprovecha un marco muy discrecional en su relación con los medios, en el cual muchas veces los que más se favorecen son aquellos que no hacen periodismo: que extorsionan, que se dejan cooptar, que venden las editoriales y de eso no habla el Gobierno.

Yo nunca los escuché quejarse de que los periodistas se vendan a ellos. Entonces me parece que uno de los rasgos más preocupantes tiene que ver con eso y me parece, que en la medida en que las reglas sean claras y transparentes, es una manera de empezar a desandar el camino aún cuando haya debate sobre cuáles tienen que ser esas normas y si hay que subir al avión o quiénes tienen que subir. Ese es otro debate. Por lo menos tengamos normas y sepamos cuáles son, después debatimos si son mejores o peores.

Comentarios y preguntas

Adriana Amado Suárez

Cuando dije que "los periodistas que venden sus palabras a cambio de una placa de auspicio", estaba hablando de la misma gente que hablaba Pepe. Coincidimos en eso. No me refería ni a todos los anunciantes ni a todos los auspiciantes, sino justamente a aquellos de los que ustedes estaban refiriendo. Quería hacer esa aclaración.

Joaquín Morales Solá planteó la relación entre el periodista y funcionarios del Gobierno, especialmente en el tema del avión presidencial. Por más que al periodista se le pague el pasaje, ¿cómo se hace para evitar esa relación si uno está conviviendo en el mismo avión por varias horas?

Joaquín Morales Solá: Bueno, es cuestión de saber zafar del acoso y la seducción. Uno también está con funcionarios y también te tratan de convencer. Tengo que tener parámetros, conocimientos como para, a esa información que me están dando, contrastarla con otras fuentes.

Tampoco uno convive con los funcionarios todo el tiempo en el avión, y si se llegara a dar el caso de que fuera necesario el viaje, yo creo que es necesario viajar en el avión, porque sino los periodistas quedan fuera del circuito. Pero para estar en el circuito me parece que tienen que pagarse ese pasaje y no que sea una concesión del Gobierno.

Algunos medios de países del exterior tienen normas claras. En primer lugar, el hecho de que el Gobierno pague el hotel o la comida significa pérdida de independencia, por lo tanto, en medios internacionales existen normas precisas que indican que cuando un periodista tiene que ir a cubrir un viaje presidencial la agencia lo paga, va primero en una compañía privada, se aloja en un hotel y todo a cargo de la compañía. En cuanto a los viajes oficiales, el Gobierno tiene normas precisas. Cuando viaja el Presidente de los Estados Unidos previamente se anotan los periodistas y van en un avión diferente.

La oficina de prensa de la Casa Blanca se ocupa de buscarles las reservas en el lugar que llegan y de hacer un *briefing* o dos todos los días para explicar qué ha hecho el Presidente. Esto significa un costo altísimo para las empresas porque no es nada gratis. Creo que valdría la pena que, así como tenemos un Código de Ética, exista un código que regule los viajes de los periodistas con los funcionarios del Estado.

Pepe Eliashev: Una pequeña anécdota personal que se me ocurre que puede arrojar un poco de luz. En 1989, durante la guerra civil en Nicaragua, caso famoso en la historia, fue acribillado a balazos el camarógrafo norteamericano Bill Stewart, de la cadena ABC News. Yo estaba en un hotel de Managua, donde los enviados de la prensa norteamericana ocupaban tres pisos. Al decidirse que nos íbamos de Nicaragua por inexistencia de seguridades para ejercer nuestra tarea, los pocos que no éramos norteamericanos (dos brasileños, yo y otras personas más) fuimos invitados a viajar en un Hércules de la Fuerza Aérea norteamericana que partía desde el aeropuerto privado del dictador Anastasio Somoza, llevando el cadáver de Stewart y a todo el cuerpo de prensa basado en los Estados Unidos. No había condiciones para seguir trabajando en Nicaragua. Antes de abordar el avión norteamericano, se nos pidió a cada uno de los periodistas el nombre, teléfono en el cual ser ubicado y una dirección. Me pareció algo normal, no se vendían “pasajes”.

Viajamos en ese avión militar con el cadáver en la mitad del fuselaje. A tres semanas de llegar a Nueva York, recibo una carta membretada “Departamento de Defensa de los Estados Unidos”, el Pentágono. Era una factura. Si mi memoria no me traiciona, creo que eran 387,16 dólares por el trayecto de Managua a ciudad de Panamá. Era el prorrateo de lo que debía pagarse. Yo les pagué mandándoles el cheque por correo. Los medios son los que tienen la obligación de pagar lo que corresponda.

¿Cómo mantener la distancia con los funcionarios o con nuestras fuentes de información, sobre todo cuando se trata de funcionarios?, ¿cuáles son las estrategias a poner en juego tal vez para no caer en ese amiguismo con los funcionarios y a su vez poder obtener información fidedigna?

Joaquín Morales Solá: Lo primero que tiene que quedar claro ante el funcionario en la costumbre, en el trato con él, es que la información que pueda pasar no condiciona ni la información final del diario y del periodista ni mucho menos la opinión del periodista. Esto tiene que quedar claro de entrada. Si uno va ofreciendo que va a publicar la información y que la opinión del funcionario va a ser la opinión del periodista, entonces empezamos mal. Lo que tenemos que dejar en claro de entrada es que el trato no incluye la información final que se va a publicar en el diario, y en el caso de la opinión no incluye la opinión del periodista. En esa reunión no está en juego la opinión del periodista.

En general el off the record también se está utilizando en nuestra contra porque está ocurriendo que hay dos o tres fuentes gubernamentales que usan el off the record, y en

realidad están vendiendo pescado podrido. ¿Cómo ven ustedes este fenómeno y, por otra parte, qué podemos hacer porque este modelo radial que bien contó Pepe está haciendo que los funcionarios de segunda línea vayan directamente al off the record?

Pepe Eliashev: Sí, el *on* y el *off* son una cuestión muy importante, sobre todo en las actuales circunstancias. Una vez más, hay ciertas reglas que se aplican a la Argentina y al periodismo de cualquier país del mundo.

Es cierto, y por eso existe el *off* como institución, que hay determinadas informaciones sobre las cuales un funcionario o un dirigente político tienen derecho a pedir que no se les atribuyan a ellos formalmente. El periodista puede, antes de que le ofrezcan esos datos, esa oferta del *off*, que si no lo puede poner en la boca de la fuente, no le interesa o sí me interesa. Puede apelarse al "según fuentes seguras" o "fuentes confiables". Hay artículos enteros que se publican en todos los medios gráficos sin que se identifique una sola fuente.

Otro problema es el ocultamiento de la fuente. Cuando los medios gráficos recogen declaraciones radiales, a menudo no mencionan en qué radio, quién es el periodista, ni en qué horario.

Es cierto que hay un uso siniestro del *on* y el *off*, que llega a un punto extremo. Hay reportajes en los que no se sabe qué es *on* y qué es *off*, aun cuando hay recursos técnicos alternativos, como la bastardilla o la negrita, para diferenciar textos y discursos.

Nos merecemos un debate deontológico fuerte en torno a qué podemos y qué no podemos escribir, y sobre todo, de qué estamos hablando, para no "vendérsela cambiada" a la gente.

Joaquín Morales Solá: Una cosa es respetar el *off*, cuando se llega a un acuerdo, como dice Pepe hay un acuerdo, lo que es *off*, lo que es *on*, se respeta. Una cosa es respetar el *off* y otra es "respetar" el pescado podrido. Al tercer o cuarto chequeo, te das cuenta si es pescado podrido o no lo que se te dijo en *off*. Si hay una versión, la primera y dos o tres versiones posteriores dicen lo contrario, es porque la primera versión no es verdad.

Para Morales Solá: La pregunta tiene que ver con el tema de la violencia. Me quedé con esa cosa paradójica, de por un lado la intención de suprimir y por otro lado que estén obsesionados con los periodistas. En realidad lo que siento es que hay un ejercicio muy violento de supresión simbólica, porque no saludar a tu vecino es una forma de violencia, ¿no? Y es como que la violencia es mucho más sutil, hay muchos niveles. Y en este plano, yo siento que ésta es una situación muy violenta en la relación con los periodistas. Desde ese lugar, yo me preguntaba, cuándo Cristina Kirchner digitó a los periodistas que ella quería. En un punto eso me hizo ruido, yo también hubiera elegido, te hubiera elegido. Pero desde nosotros, ¿cómo se resuelve? Una cosita más, con relación a las dos caras: me parece también que hiciste un paralelo con la violencia conyugal, y yo creo que también hay... por un lado te pego, y por el otro te coopto afectivamente. Son dos caras de la misma moneda.

Joaquín Morales Solá: Si te estás refiriendo al reportaje en televisión, te quiero aclarar que el programa se emite los lunes, y ella ganó el domingo. ¿Qué querés que haga? No tenía una alternativa. Salvo que esperara dos o tres días para que hubiera otro programa periodístico. Por otro lado, y me parece que ésta es la respuesta de fondo a tu pregunta, una cosa es criticar, y soy el primer crítico, y estoy de acuerdo con todo lo que dijo Pepe sobre la falta de conferencias de prensa. De hecho, debe haber conferencias de prensa. Más aún, debe estar establecido una vez cada quince días, cada semana, cada mes, lo que quieran, pero debe haberlas. Otra cosa son los reportajes que los políticos y los gobernantes les dan a determinados medios, a determinados periodistas, que en todas partes del mundo son ellos los que tienen el derecho a elegir con qué medio, con qué periodista quieren tener un reportaje exclusivo. Esto, si se da en un marco de conferencia de prensa, no es raro. El problema es que esto se da cuando no las hay. Esa es la anormalidad.

Ahora, ¿qué quieren que les diga: “No señores, con ustedes no hablo hasta que no haga conferencias de prensa”? Entonces tratemos de resolver primero el problema de fondo: debe haber conferencias de prensa. Luego los reportajes exclusivos se resolverán como en cualquier lugar del mundo, de acuerdo al derecho que tiene cada político de dar el reportaje exclusivo a quien quiera.

Pepe Eliashev: Ha desaparecido el vocero presidencial. ¡Aparición con vida inmediata! No solamente se eliminó la conferencia de prensa, el derecho de los ministros a hablar *on the record*, sino que el Gobierno carece de vocero. Recién se hablaba del *briefing*. ¿Qué es el *briefing*? Es lo que proporciona una persona empapada de los asuntos a los que se dedica; recibe información de sus jefes, el Presidente o sus ministros, se presenta ante el periodismo y cuenta lo que sucede y lo que piensan sus superiores. Responde preguntas, da la cara, con el escudo oficial atrás. No estoy hablando de esto como una maravilla de los Estados Unidos, esto pasa también en la España de Rodríguez Zapatero o Aznar. En España, incluso, el vocero tiene rango de ministro del Gobierno.

Esto ha desaparecido acá. En consecuencia, ¿con quién hablamos los periodistas? ¿Con la pared, o nos sometemos a esa unidireccionalidad oficial? Por eso, reclamar esto es una obligación y un derecho, porque no debemos aceptar que se nos ponga en el lugar de los opositores. Soy opositor, además de periodista, sólo cuando me enfrento a un gobierno dictatorial, no a uno democrático. Hoy, en la Argentina, los periodistas no disponemos en las áreas de gobierno de un funcionario que nos proporcione abiertamente información.

Joaquín Morales Solá: En España, el jefe de Gobierno le da a uno de los ministros la función de vocero. En este caso la vicepresidenta, que es la presidenta ejecutiva del Gobierno, todos los viernes tiene una conferencia de prensa.

Pepe Eliashev: Día fijo, esto ha desaparecido acá. En consecuencia, nosotros ¿con quién hablamos? Con la pared. O nos sometemos a esa unidireccionalidad. Por eso reclamar esto es una maniobra perturbadora. No debemos aceptar el lugar de ser

opositores. Solamente me opongo a un gobierno dictatorial, no a uno democrático. Pero soy periodista. Yo no tengo una persona que me dé la información. El resumen de lo que ha sucedido, por Dios, ¿cómo hago yo para informarme?

Joaquín Morales Solá habló de los productores comerciales, y el tema de que los periodistas no deberían dedicarse a temas relacionados con lo comercial, pero a mí lo que generalmente me asusta como joven es que muchas veces se habla del periodismo y no se tiene en cuenta a los egresados de esas carreras. Entonces muchas veces, al hablar de periodismo, se habla sólo de los que tienen la posibilidad de tener productores comerciales, productores y demás. Porque el periodismo hoy en la Argentina es muy complicado. Las empresas sólo les dan auspicio a los grandes diarios, a los grandes canales, y es muy difícil ser periodista si uno no tiene que dedicarse absolutamente a todos los temas.

Creo que la calidad periodística tiene que ver también con unos medios siguen mandando periodistas a las "no conferencias de prensa". El día que Alberto Fernández se siente y no vea a ningún periodista escuchando su gacetilla, va a dejar de hacer esa modalidad y va a permitir preguntas.

Joaquín Morales Solá: Yo ratifico lo que dije. Los periodistas no podemos hablar de dinero con nadie, ni con las empresas ni con el Gobierno. No podemos porque no sabemos si mañana tenemos que criticar al funcionario o a la empresa con la cual estamos hablando de dinero. Este es el concepto y creo que tiene que ser una ley sagrada. Si el periodista empieza a hablar de dinero, lo más probable es que termine en una perversión de la profesión.

Comparto muchas de las cosas que plantearon en relación con las conferencias de prensa y a la relación del poder con los medios. Mi pregunta es: ¿cómo se compatibiliza esta eliminación de la mediación de los periodistas que plantea Eliashev con la necesidad que tiene la sociedad en su conjunto de que esto así sea cuando Cristina Kirchner ganó una elección con muchos votos sin haber hablado antes con ningún medio?

Pepe Eliashev: ¿Importa que a los periodistas no nos den conferencias de prensa? ¿Importan los decretos de necesidad y urgencia? ¿Importa la ley de emergencia económica? ¿A la gente le importan los superpoderes? ¿Interesa que los gobernantes viajen en aviones privados cuyo propietario tiene un litigio judicial con el Gobierno?

Todo esto que estamos planteando, inclusive las demandas republicanas de conferencias de prensa, garantías, transparencia y corrección, siguen siendo preocupaciones profundamente minoritarias. ¿Acaso nosotros, los vocacionalmente periodistas, dejaríamos de reclamarlo? La compatibilidad que pedís la comprendo y comparto. Afortunadamente, no soy político, ni me postulo para ningún cargo, aunque me han ofrecido y he rechazado postularme para un cargo legislativo el año pasado. Soy periodista, no tengo obligación de ser popular.

Mi sensación es que, a estas alturas, la gran mayoría de la sociedad argentina no le concede demasiada importancia a estos temas. Si la capacidad de consumo se multiplicó, ¿a quién le sirven las conferencias de prensa?

Los reclamos de la sociedad no pasan solamente por estar sintonizando lo que la gran mayoría quiere. La gran mayoría puede votar a gobiernos infernales y luego ratificarlos. A buen entendedor, pocas palabras.

¿Qué se puede hacer desde la legislación, algo que aporte a la transparencia de las relaciones entre la prensa y el Gobierno?

María O'Donnell: Un avance sería que se sepa de quién son los medios. Que la página del COMFER tenga actualizado quiénes son los titulares. Es muy elemental. Me parece que en transparencia sería quizás un paso importante. Y sobre el tema de los viajes pagos, hubo una experiencia interesante en *Perfil*, que tiene un código de ética del cual se ha hecho mucha publicidad y toma Nelson Castro esta experiencia que propone una mezcla de defensor del lector/ombudsman. Y Castro fue el primero que desde las páginas del diario de Fontevicchia cuestionó un viaje que hizo un periodista a Finlandia, pagado por Botnia, violando su propio código de ética. Para mí fue una experiencia muy interesante, que a lo que apunta es a la importancia de la función de algún mecanismo de autorregulación, de defensor del lector. Por ahí se puede empezar a colar el debate y generar este tipo de discusiones. Después, los jefes de *Perfil* defendieron la posición de mandarlo, pero entonces uno se pregunta: ¿para qué tienen un código de ética? Y lo hacen todos los medios. Para mí, lo interesante es que se hizo público el debate.

¿Alguna vez el canal público reflejó realmente la opinión pública y no fue un canal del Gobierno?

Pepe Eliashev: En democracia, el entonces *ATC* y ahora *Canal 7* pasó por muy diferentes momentos. Nunca como ahora, sin embargo, tanto en el canal estatal como en radio *Nacional*, fue tan evidente que no hay cabida para ninguna opinión que no sea la del Gobierno. En el gobierno de la Alianza, tanto en *Canal 7* como en radio *Nacional* había programas de periodistas opositores. Lo mismo pasó en la última parte del gobierno de Alfonsín.

En el gobierno de Menem no fue así, pero, bueno, el interventor de la radio y el canal era Julio Maharbiz. Estuvo Gerardo Sofovich. Pero lo más grave de todo, más allá de nombres y anécdotas, es qué pasará ahora que se ha institucionalizado el Sistema Nacional de Medios Públicos, una norma que le ponga final al estado de emergencia permanente. Las direcciones ejecutivas de *Canal 7* y radio *Nacional* deben ser cargos públicos con contrato, como va a ser el director del Teatro Colón.

El COMFER sigue siendo un organismo intervenido, creado por decreto de la época de la dictadura en 1979: la ley original que crea el COMFER es una norma militar que

considera a ese organismo como espacio de seguridad nacional, por eso integran su directorio la Marina, la Fuerza Aérea y el Ejército. Todo eso no tiene más vigencia, pero la ley dice eso. Hoy no hay espacios que no sean oficialistas en la televisión y en la radio del Gobierno.

María O'Donnell: Se ha llegado al absurdo de que la directora del canal estatal es a su vez la cara del principal noticiero, cosa a la que nos hemos acostumbrado como si esto fuera normal. Es una funcionaria de este Gobierno y a la vez es la cara del noticiero. Es absurdo, pero bueno... Esto tiene que ver con legislar, que no sea una concesión graciosa del Gobierno de turno ser pluralista y poner "opositores" en la pantalla, sino que ellos no tengan la posibilidad de decidir desde el gobierno nacional. Porque *Canal 7* depende del secretario de Medios, es absurdo. En un sistema en el que además, pone amigos a los que les da publicidad oficial, y el Estado paga publicidad oficial en su propio canal. Es el Estado bobo llevado a la perfección.

